

donde resultan ambas obras fruto de una mecánica tan perfecta, que de tocar una parte cualquiera del edificio arriesgárase su solidez; y las galas literarias, la complicación de las molduras, las rosas de piedra que parecen abrirse en la noche, tienen el mismo objeto: encubrir con sus grandes efectos de luces y de sombras los lugares de mayor osadía. Allí el trébol, y la yedra, y la encina, y la vid —además del acanto y el laurel de los viejos estilos— trepan y se retuercen y se adaptan, como acá las puestas de sol, la paz de los campos, hasta el fragor del Tequendama. “Es la creación entera que se levanta glorificando a su Creador.” El período rotundo sirve de nicho a los apóstoles y profetas; a la línea de ventanales de las naves menores, por donde llega a la mayor la claridad del día, corresponden exactamente los accidentes del discurso, que iluminan el asunto principal con el dulce resplandor de una esperanza o el veleidoso destello de una emoción; y entre las torres de la sabiduría y el patriotismo, el rosetón multicolor por donde pasa la luz maravillosamente combinada: en forma de candelas, cuando nos habla del amor divino; cuando de Jesús, azulosa, al modo de esas colinas y lagos que asoman en nuestros recuerdos infantiles, allá, en las lejanías del Evangelio; teñida del primer rubor de una virgen, para describirnos el alma y las ternuras de María; amarillenta, lívida, si columbra la eternidad; sombría, de amantista, al rememorar el “infortunio de su Dios”. Vivas, armoniosas y magníficas, catedral y oraciones, desdoblamiento y culminación de artes profanas, respiran sublimidad.

Y también para Carrasquilla vino la mañana, en 1930. Las campanas que él supo mejor que nadie tañer un cierto día de la Ascensión, acompañaron la de su espíritu. El 18 de marzo pasó; y así el lucero que la aurora desvanece; y así la llama de su pensaminto en la perpetua claridad.

RESPUESTA A DANIEL SAMPER ORTEGA

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Señores académicos:

Si hay destinos manifiestos en la vida, uno de ellos es el de don Daniel Samper Ortega. Nació para hombre de letras, como otros nacen para políticos o para comerciantes. Las tradiciones de su familia lo hubieran llevado al campo de la actividad comercial. Nadie ignora que el apellido Samper va unido a magníficas obras de progreso: lo han llevado banqueros, empresarios, jefes de casas comerciales, todos ellos de reputación diamantina. Su abuelo fue una autoridad en asuntos económicos; expuso las doctrinas de la escuela liberal inglesa en numerosos escritos en que lucen su ciencia y su experiencia. Yo me complazco a veces en formar en mi imaginación un senado ideal,

con los hombres ilustres que ha producido Colombia en todos los ramos; es una asamblea digna de Roma. Allí tendría su puesto don Miguel Samper. No aspiró él a los laureles literarios, ni pretendió un sillón en esta Academia. Lo habría tenido, por derecho propio, en una de ciencias morales y políticas. En cambio, su hermano don José María, que no brilló como hombre de negocios, ocupó dignamente una plaza en esta corporación. Nadie ha superado en Colombia su fecundidad irrestañable. Sus obras publicadas forman una mole imponente. Cultivó todos los géneros, no ciertamente con igual fortuna. Como orador, fue uno de los primeros, en una época en que la tribuna colombiana alcanzó su máximo florecimiento. Sus novelas son poco leídas, aun cuando algunas tienen interés histórico y autobiográfico. Sus ensayos dramáticos lo acreditan como a uno de los pocos que han aspirado a hacer un teatro nacional. Probablemente, él consagraba especial aprecio a sus poesías. La posteridad prefiere leer sus valiosos comentarios a la Constitución del 86, sus bellos bocetos de colombianos ilustres, su elocuente libro sobre Bolívar. Su permanencia en Chile como diplomático dejó huella. Aun en obras novelescas de esa nación he hallado recuerdos de "la época de Samper". Sus viajes, su residencia en Europa, le permitieron difundir su pensamiento por el Continente. Hubo en su tiempo publicistas como él, como Florentino González, como Manuel Ancizar, como Manuel María Madiedo, que hicieron saber en América que en Colombia se sostenían altos principios de justicia internacional, de fraternidad americana, de libertad y de civismo; y que en medio de nuestras discordias civiles, la libertad ha sido numen tutelar de nuestras instituciones y de nuestras costumbres.

Don Daniel Samper Ortega debió de sentir una fuerte lucha interior cuando advirtió las diversas tendencias que obraban en su espíritu; la influencia familiar lo inclinaba a la esfera de los negocios; su inclinación propia lo llevaba al campo de las letras. Pronto prevaleció su vocación. Pero cuando hizo sus primeros ensayos, muchos los miraron con cierto recelo, como una excursión insólita en campo ajeno. Cuando leí el simpático libro titulado *En el Cerezal*, comprendí que quien había escrito tan limpias y elegantes páginas no era un simple aficionado, sino un verdadero escritor. Al cabo se impuso a la atención del público. Su producción posterior ha sido valiosa y abundante. Ha cultivado el teatro con loable constancia y con el patriótico anhelo de propender al desarrollo de esa rama, poco robusta hasta ahora, del arte nacional, aun cuando en la escena pierde él uno de sus principales recursos: su habilidad para la descripción. En cambio, ésta luce en sus narraciones novelescas, especialmente en *Zoraya*, que abunda en bellos cuadros descriptivos. Hay allí una poética evocación de Sevilla, una reconstrucción de la Santafé colonial, escenas de la naturaleza tropical en todo su salvaje esplendor, que son páginas de alta literatura. Creo que si el autor, que supo manejar con tanta gallardía el pincel descriptivo, no se hubiera sistemáticamente apartado, en su pintura del virrey Solís, de la tradición caballeresca

y poética que ha rodeado de una aureola su singular figura, habría hecho una novela que, en más reducidas dimensiones, representaría para Colombia lo que *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, para la Argentina. El autor tuvo en sus manos una obra maestra.

Pero los verdaderos títulos académicos del señor Samper Ortega están en sus numerosos discursos y conferencias sobre temas de literatura e historia. En ellos ha puesto de relieve nobilísimas condiciones de inteligencia y de carácter. En todos palpita su amor a la patria y su filial entusiasmo por la raza y la lengua castellanas. En vez de buscar asuntos exóticos, ha preferido ilustrar figuras colombianas y exhumar modestas producciones olvidadas. Asiduo cultivador de la lengua y aun con aficiones arcaicas en sus comienzos, escribe en estilo claro, elegante y varonil, esmaltado de imágenes que recuerdan al narrador novelesco. Su talento comprensivo y perspicaz le permite destacar las figuras, precisando sus líneas características, dentro del ambiente intelectual y social en que se movieron. Posee una memoria privilegiada, que le permite aprovechar el caudal de sus variadas y bien encadenadas lecturas, con oportunas citas y comparaciones, sin que la narración sucumba bajo el peso de la erudición. Tiene, en suma, las condiciones de un brillante "ensayista".

Pero esta labor estudiosa no ha debilitado la actividad infatigable del señor Samper Ortega, su dinamismo, como ahora se dice, y que es en él la satisfacción de una necesidad de su organismo. Aquí se advierte la influencia de la porción de sangre anglosajona que circula por sus venas. Nombrado director de la Biblioteca Nacional, entró con paso de huracán en aquellos vetustos salones, pero no para trastornarlo y revolverlo todo, sino para disipar las espesas capas de polvo acumuladas allí por muchas generaciones, a fin de que volvieran a la luz libros y documentos olvidados o desconocidos, se organizara lo existente en forma científica, y pudiera valorarse lo que realmente posee aquel venerable establecimiento. Y no contento con esto, obtuvo el apoyo oficial para emprender la construcción de un gran palacio que ha de albergar la biblioteca y los archivos nacionales. El señor Samper Ortega, que nunca ha construido nada para sí mismo, acomete con entusiasmo la edificación del palacio de los libros, albergue de curiosidades antiguas y lugar de cita de pacientes investigadores y eruditos. Admirable desinterés, muy propio de un bogotano auténtico como es él. Si por todo esto debiéramos juzgarlo, habría que formular acerca de él, de acuerdo con una clasificación muy aceptada, según parece, en ciertos medios bursátiles, un diagnóstico gravísimo: el señor Samper Ortega posee talento "del malo" que precisamente es "el bueno" para la Academia. Si tuviera del otro únicamente, ni él hubiera mostrado interés por la Academia, ni sus amigos lo hubiéramos tenido en vencer sus injustificados escrúpulos para aceptar el puesto. Con el talento que Dios le dio, entra aquí como en su propia casa.

Y tiene que ser para él un motivo de gran complacencia el ocupar un sillón que honraron dos bogotanos ilustres, con los cuales es-

tá ligado por estrechos vínculos de afinidad o de parentesco: don José María Vergara y Vergara y don Rafael María Carrasquilla. El practica el culto de la tradición, sobre todo cuando ésta es limpia y gloriosa. Hizo el elogio de Vergara en la Academia de Historia, con ocasión del centenario del célebre autor de *Las tres tazas*; y lo hizo con grande acopio de datos, con calor, con simpática elocuencia. En la presente ocasión, ha hablado de monseñor Carrasquilla, deudo suyo cercano; y no tengo para qué esforzarme en ponderar el mérito de su oración. Ha hecho un verdadero discurso académico, que esmaltan curiosos y eruditos datos, juicios literarios dignos de su ilustrado criterio, y rasgos de imaginación que revelan al que ha sabido trazar con la pluma tan hermosos cuadros.

Habla el señor Samper de la elocuencia sagrada en Colombia, desde los tiempos de la Colonia, para situar en su alto puesto al insigne orador a quien sucede. El género estaba destinado a florecer entre nosotros, porque se inició bajo los auspicios, nada menos, que del conquistador Quesada, devoto panegirista de Nuestra Señora. ¡Gran pérdida ha sido la de estos sermones, trazados por la propia mano que sabía dar tan recios mandobles! Su lectura nos daría tal vez luz para conocer mejor la complicada sicología del simpático fundador de Bogotá. En todo caso, estarían escritos en el sabroso estilo que entonces se usaba y de que nos dan idea los fragmentarios restos de la variada obra de Quesada. Pronto vino el mal gusto, que produjo engendros como los que cita el señor Samper, y con los cuales ha puesto una nota regocijada en su discurso. En pocos géneros ejerció más funesto influjo el culteranismo que en la oratoria sagrada, hasta el punto de dar nacimiento a esa caterva de profanadores de la cátedra del Espíritu Santo, todos los cuales pueden calificarse con el título que le dio el francés Gaudeau a su erudito libro sobre el padre Isla: *Les prédicateurs burlesques en Espagne*. A tal punto llegó la corrupción, que el padre Gaspar Sánchez exclama, en tono que demuestra una justa exasperación: "Esta manera de predicar es la mayor persecución que haya sufrido la Iglesia de Dios." El gran maestro de la escuela fue el padre Hortensio Félix Paravicino, que, según Baltasar Gracián, hizo para la prosa lo que Góngora había hecho para el verso. Con la diferencia de que Góngora, con todos sus desvaríos, era un genio, y el padre Paravicino no tuvo esta suerte. Se le llamó "el rey de los predicadores y el predicador de los reyes"; y en las aprobaciones de sus obras se leen frases como estas: "Decir que ellas son grandes, sería una débil alabanza; decir que son elocuentes, sería un pobre elogio; decir que son los cedros del Líbano, que se levantan sobre todos los árboles que han fructificado hasta ahora en el campo de la imprenta, sería injuriar a un hombre tan grande; decir que son soles radiosos junto de los cuales toda estudiosa lucubración es una estrella de ínfima magnitud, sería inferir un ultraje al cristiano Demóstenes." Para probar la fuerza de la elocuencia de este fenómeno, basta un rasgo cualquiera de sus sermones. Queriendo explicar cómo el carro de fuego en que fue arrebatado Elías no lo convirtió en cenizas, dice: "Elías tenía el hábito de ayunar; y, domado por la

eficacia del ayuno, el fuego, elemento insaciable, tuvo que ayunar a su turno y no pudo devorarlo.” Aludiendo en otra parte a la embriaguez de Noé, dice que es motivo de asombro el considerar que un poco de vino haya podido hacer naufragar al hombre a quien no lograron sumergir todas las aguas del diluvio. Otro predicador de la escuela, el padre Castejón, comentando la circunstancia de que la muerte de la reina Mariana de Austria había coincidido con la luna nueva, explica que el astro de la noche “se había vestido de luto riguroso, a fin de dejar a los habitantes de nuestro hemisferio con qué mandarse hacer trajes negros”. Y esto —como observa Gaudeau— se decía cuando aun resonaban bajo las bóvedas de Notre-Dame, los últimos acentos con que Bossuet lamentaba la muerte del gran Condé. Como el pensamiento y la expresión corren parejas, a esta ridiculez de ideas correspondía la extravagancia del estilo. Como dice el académico español don Manuel Silvela, en la jerga culta “la Virgen no es la Virgen, sino un sacro asombro animado o el epitome de Dios; el sol no es el sol, sino el presidente del día; la Iglesia católica es la infanta real de Cristo; la nieve, candidez hermosa caída del cielo; la medicina es la facultad apolinaria; las nubes son las candidas holandas del ambiente; los ángeles, océanos cerúleos del empireo; los labios, muros de coral viviente, y los apóstoles, participios del Verbo que se perora”. Y estas sandeces se aplaudían como grandes novedades del ingenio, como conquistas de la imaginación, como expresión de una renovada sensibilidad. ¡Cuán cierto es que hay épocas en que el sentido común desaparece o se refugia en una minoría que resiste al general contagio! Se necesitó la publicación del *Fray Gerundio de Campazas* del padre José Francisco de Isla, una de las sátiras más formidables que se han escrito, para dar al traste con ese género de predicación, que anuló la elocuencia sagrada en España desde los tiempos que siguieron inmediatamente a fray Luis de Granada, hasta las postrimerías del siglo XVIII. Renació la oratoria bajo el influjo francés; el propio padre Isla fue un predicador fecundo, dentro de las normas del buen gusto que había aprendido bajo la disciplina clásica de la Compañía de Jesús. Pero nunca ha tenido este género en España un puesto predominante, como lo tuvo la escuela mística, la primera del mundo, que es una de las columnas fundamentales de la literatura española, y como lo ha tenido modernamente la elocuencia parlamentaria, que se honra con una larga serie de maestros insignes, entre los cuales hay algunos de fama universal: un Donoso Cortés, un Castelar, un Cánovas del Castillo. Y aun se ha dado el caso de eclesiásticos que como predicadores no han dejado recuerdo y que han hecho gallarda figura en las cortes, como el canónigo don Vicente Manterola, el cual debió su fama a una magnífica réplica al más célebre de los discursos de Castelar.

En Colombia existe una cadena de notables oradores sagrados, desde fray Diego Padilla, firmante del acta de la independencia y a quien se atribuyen, tradicional y talvez legendariamente, grandes triunfos oratorios en Roma, hasta los dos preclaros maestros de quie-

nes habla con más detenimiento el señor Samper Ortega: Carlos Cortés Lee y Rafael María Carrasquilla.

De algunos de ellos es difícil juzgar por las insignificantes producciones que dejaron escritas y que no corresponden a la idea que su predicación despertó en los contemporáneos. Tal es el caso del canónigo Fernández Saavedra, de infausta memoria, que imponía admiración, al decir de quienes lo oyeron, por su rostro leonino, su voz de trueno y su actitud arrogante. Los dos grandes arzobispos Mosquera y Paúl fueron insignes en la predicación. El primero, con la austera y noble distinción que se advierte en su porte de príncipe y que se refleja en sus sermones, modelo de estilo episcopal; y el segundo con la diáfana transparencia de un lenguaje a un tiempo familiar y aristocrático, propio de aquel gran señor, de cuyo rostro irradiaba una irresistible simpatía. Siendo muy joven, fue escogido para pronunciar la oración fúnebre del célebre presidente de Guatemala don Rafael Carrera. Esa pieza, casi improvisada, y dicha ante el cadáver del personaje, muestra en sus entrecortadas cláusulas la emoción de las circunstancias (1).

Por muchos años edificaron con sus homilías dominicales don Juan Buenaventura Ortiz y don José Benigno Perilla, ambos elevados luego a la dignidad episcopal. Don Federico C. Aguilar, infatigable viajero y polígrafo, fue un predicador de grande elegancia, que hablaba más a la cabeza que al corazón. Pero quien dio nuevo prestigio a la cátedra fue el canónigo don Francisco Javier Zaldúa. Cuando llegó de Roma, recién ordenado, en la primera juventud, arrogante y aristocrático, lleno de ardor apostólico, fascinó al público, especialmente a los jóvenes, sobre quienes ejerció benéfica influencia. Contribuía a atraer sobre él la atención, la circunstancia de que era presidente de la república su padre, uno de los prohombres de la vieja escuela radical, siempre mal avenida con el clero. Tenía el joven sacerdote voz y elocuencia de fuego y una devoción inmensa por la Virgen María. Su viva imaginación y su temperamento nervioso, le presentaban abultados los objetos y le hacían incurrir en exageraciones, no tanto en el púlpito como en el trato social, que se tomaban como genialidades suyas y lo eran en verdad. Era docto; había hecho serios estudios teológicos, y en estas materias sabía practicar la sobriedad que recomienda el Apóstol. Fue, en suma, un personaje que no se movía dentro de la órbita de lo común.

Por largos años compartieron Cortés y Carrasquilla el señorío de la cátedra sagrada, y fueron ejemplo y enseñanza para el numeroso y selecto público que siempre acudió a escucharlos. Empezaron a florecer a un mismo tiempo y, con breve intervalo, rindieron el alma al Señor. Pocas veces se han visto dos oradores tan acordes en propó-

(1) Poseo un ejemplar de este rarísimo opúsculo titulado "Relación de las exequias del excelentísimo señor presidente, capitán general don Rafael Carrera, celebradas en la S. I. catedral de Guatemala el 17 de abril de 1865. Guatemala. 1865."

sitos y en doctrina, y tan distintos en su manera oratoria. El uno, en sus sermones doctrinales, tuvo la austera solidez de Bourdaloue; el otro, en sus grandes oraciones, el arranque poético de Bossuet. Ambos fueron modelos de buen gusto y elegantísimos maestros del idioma. Carrasquilla fue más literato; sus discursos académicos, sus estudios y biografías, son piezas magistrales; Cortés se mantuvo estrictamente dentro de los límites de la predicación. Los que tuvimos la suerte de presenciar los momentos culminantes de uno y otro, no olvidaremos nunca tan emocionante espectáculo. Carrasquilla hablaba con cierta majestuosa lentitud, manejando hábilmente el no muy extenso caudal de su voz; Cortés, desde la primera palabra, desataba con voz sonora las olas de su magnífica elocuencia. El uno dejaba en los entendimientos una enseñanza más concreta, más práctica; era un verdadero maestro; el otro subyugaba con los vuelos de su imaginación; cuando hablaba se establecía una corriente magnética entre él y su auditorio que, como si tuviera una sola alma, vibraba a compás con las impresiones, ya tiernas y dulces, ya trágicas y solemnes, que se dibujaban en su austero rostro sacerdotal. En medio de un silencio absoluto, que permitía oír el vuelo de una mosca, se advertía una emoción contenida, la conmoción profunda de un mar de fondo, que no se atrevía a manifestarse para no estallar en gritos de admiración y en estruendosos aplausos. Podría decirse de ellos, como se dijo de los dos magnos predicadores franceses, que Cortés era un vaso de oro, adornado de pedrerías, y Carrasquilla un jarrón de plata, primorosamente cincelado por un orfebre del Renacimiento. O, para hacer uso de un símil arquitectónico, ya que los ha empleado tan bellamente el nuevo académico, podría agregarse, teniendo en cuenta que Carrasquilla era un espíritu latino, discípulo de san Agustín y santo Tomás, y Cortés un lector asiduo de san Juan Crisóstomo, que la oratoria del primero es como una basilica clásica de sólida estructura, de líneas firmes y armoniosas, por cuyos ventanales entra a torrentes la luz para iluminar hasta los ángulos más remotos, y cuya cúpula se levanta, serena y majestuosa, como en busca de la inspiración del cielo; y la de Cortés recuerda uno de esos templos griegos colocados en una acrópolis helénica y que, destacando sobre el azul del cielo la esbeltez de su imponente columnata, parecen un himno marmóreo elevado al numen de la belleza y de la armonía.

Carrasquilla mantuvo el cetro de un género de muy difícil cultivo: la oración fúnebre. No es rica nuestra literatura clásica en esta clase de producciones. Para apreciar su deficiencia basta leer la oración fúnebre que dedicó a Felipe II el padre Alonso Cabrera, el más famoso predicador del siglo XVI. El modelo incomparable es Bossuet; y de tal manera lo hizo suyo y le imprimió el sello de su genio, que el propio Carrasquilla decía que este era el mayor obstáculo que se presentaba al orador, pues si se apartaba de Bossuet, se extraviaba, y si lo seguía, quedaba a inmensa distancia de él. Nuestro compatriota supo sortear las dificultades, y sus oraciones fúnebres son la corona

de su obra oratoria. Tuvo la suerte de hallar asuntos dignos de él: los egregios arzobispos Mosquera, Arbeláez y Paúl, gloria de la Iglesia colombiana, y el inmortal pontifice León XIII. En el buen éxito de la oratoria influye no poco la ocasión. La célebre frase de Massillon: "Sólo Dios es grande", que, dicha ante el catafalco de Luis XIV, dominador de Europa, produjo en los oyentes el estremecimiento de lo sublime, pronunciada ante los restos de cualquiera de los posteriores Borbones, que fueron en escala descendente hasta llegar a la nada, carecería de toda significación. Cuando Carrasquilla, al comenzar su elogio fúnebre del gran León, nos dice cómo, al expirar el augusto anciano, resonaron todas las campanas de la cristiandad en lúgubre concierto, nos pareció a cuantos tuvimos la fortuna de oírlo, que la voz del orador adquiriría una formidable majestad, como la de la campana mayor que desde las alturas de la basílica de San Pedro anuncia al mundo el dolor o las alegrías de la Iglesia. No todos los días desaparece un hombre de la talla del Papa Pecci.

¡Cuán grande hubiera sido el prestigio de Carrasquilla, si en la fuerza de la vida hubiera podido viajar por el exterior! Una sola vez, y ya en sus años postreros, salió de su país y dejó grandes recuerdos. Puedo citar a dos testigos de la mayor excepción: el insigne orador y literato mexicano, don Antonio Caso, decía que cuando Carrasquilla, revestido de sus hábitos prelatios, se levantó en Lima a hacer el elogio de los próceres, le pareció ver erguirse a uno de esos grandes prelados italianos del Renacimiento, insignes en letras divinas y humanas; y el ilustre jurisconsulto costarricense y noble amigo de Colombia, don Luis Anderson, me decía hace poco, refiriéndose a la misma ocasión, que jamás había oído hablar a nadie con tanta majestad y elevación de conceptos. A estas opiniones de ilustres pensadores laicos, puedo agregar otras de la más alta autoridad eclesiástica. Varias veces tuve ocasión de oír en Roma, de labios de los egregios príncipes de la Iglesia, Vico y Ragonesi: ¡Qué gran cardenal sería Carrasquilla si hubiera vivido en Italia! Es triste que nuestra pequeñez política, nuestro aislamiento y otras causas de inferioridad, impidan que nuestras grandes figuras ocupen en el mundo el lugar que les hubiera podido corresponder. ¿A dónde habría llegado Caro si hubiera nacido en Roma, o Cuervo, si hubiera sido ciudadano de Alemania, o Pombo, si hubiera cantado en Inglaterra? Si la oda al Niágara se hubiera escrito en inglés, ¿no figuraría entre las joyas de la poesía norteamericana?

Carrasquilla tenía todas las dotes de un egregio prelado: virtud y ciencia; ardiente amor patrio; espíritu sacerdotal y exquisito don de gentes; alteza de miras, visión clara de los problemas religiosos, políticos y sociales; humildad cristiana e irreprochable dignidad personal. Desechó honores por no abandonar lo que más quería en el mundo: su madre nonagenaria, en quien había concentrado todos sus afectos; su ciudad natal, de la cual era uno de los hijos más ilustres, y el Colegio del Rosario, cuyas tradiciones renovó, a cuya fábrica colonial dio nueva solidez, y que lo considera como su segundo fundador.

Y si el sacerdote merece elogios, ¿que diremos del hombre cuya amistad nunca falló, que siempre estuvo presente en las horas de dolor y compartió las de alegría con la delicadeza de su corazón generoso? Los que no disfrutaron de su confianza, y juzgaron de él por su severo continente, no saben qué tesoro de benevolencia, de cariño paternal, de solícito interés había en su corazón. Su fallecimiento fue una de las grandes tristezas de mi vida.

Vergara y Carrasquilla fueron bogotanos genuinos por la sencillez de su vida, su falta de ambiciones, su generoso desprendimiento, la gracia de su trato y esa flor de aticismo que es rasgo distintivo de los ingenios de esta tierra. Uno y otro enojan con sus nombres la guirnalda de honor que ostenta la capital. Vergara es el más simpático de nuestros escritores. Hay otros más grandes y profundos: ninguno le gana en esa envidiable cualidad. Sus artículos de costumbres, sus bocetos biográficos, sus narraciones novelescas, su misma historia de la literatura, todo lleva el sello de su alma delicada, desbordante de sentimiento, festiva y soñadora, alegre por naturaleza, con dejos melancólicos; propia, en fin, de un hijo de esta Sabana que sorprende al contemplar con fuertes contrastes, pues ya ofrece deliciosos rincones, sitios repuestos y tranquilos, cruzados por cristalinos arroyos y sombreados por armoniosa arboleda, ya vastas y dilatadas perspectivas, la gran llanura, en donde al llegar la noche parece que el mundo nos abandona entregándonos al imperio de las sombras, que la soledad nos oprime; y buscamos compañía y amparo en el coro luminoso de las estrellas.

En la obra austera de Carrasquilla hay producciones en que retoza el ingenio. Al lado de su profundo tratado de metafísica, está su pequeña colección de cuentos. Y si se hubieran podido recoger todas las graciosas anécdotas, todos los festivos recuerdos de antaño, todas las observaciones chispeantes que enriquecían su conversación, se habría podido formar un libro inapreciable, de exquisita lectura, como tantos que se publican en otros países para recoger los diálogos familiares de los hombres ilustres.

El carácter expansivo lo fue abandonando a medida que las dolencias minaban su poderoso organismo y la muerte iba formando el vacío en torno suyo. Se aisló del mundo pero nunca se encontró solo. Un cristiano de fe absoluta, como él, que nació marcado con el sello sacerdotal y que durante toda su vida no pensó sino en la hora final, no podía estar solo: estaba con Cristo, el modelo divino, el consejero infalible, el consolador inefable, en cuyos brazos se durmió el anciano, que había enseñado por tantos años su doctrina y había conquistado para él muchas almas.

La gloria de hombres como Vergara y Carrasquilla, refluye sobre su ciudad natal, esta vieja Santafé de Bogotá que pronto cumplirá cuatro siglos de existencia, durante los cuales ha sentido palpar en su seno el corazón del pueblo colombiano. Gran laboratorio de ideas y de sentimientos, hacia ella han confluído las energías de todas las diversas regiones, para contribuir, cada cual con su aporte

te original y propio, a modelar la conciencia nacional. Ciudad admirada y envidiada; pero que ni se envanece locamente con los títulos honrosos que se le han prodigado, ni siente envidia ni emulación por nadie; antes bien abre sus brazos para acoger a cuantos llegan, y levanta arcos de triunfo para recibir dignamente a toda legítima gloria. Ciudad que, si perdiera su puesto en el concierto nacional, dislocaría la estructura armónica del país; ciudad que es piedra de toque del mérito verdadero, y disolvente eficaz de las presuntuosas medianías, adonde han venido a refrendar sus títulos todos los hombres ilustres de Colombia. Quesada marcó su recinto; y con esos cuatro rasgos de su espada, puso en su escudo de conquistador su más alto timbre de gloria. Bolívar vino aquí; y cuando Bogotá le tributó honores de semidiós y sus bellas hijas coronaron sus sienes de rosas inmortales, recibió su definitiva consagración como libertador de América.

Cuando los griegos de las diversas regiones llegaban en sus naves a las playas de Atenas, podían divisar a lo lejos la esbelta mole del Partenón, y surgiendo por sobre los frisos de Fidias, veían brillar la áurea punta de la lanza de Minerva que, a manera de un astro, guiaba a todos los hijos de Grecia a la sacra ciudadela de la ciudad inmortal, cuna de la civilización helénica. De la misma manera, cuantos llegan a esta ciudad, que desde su altura domina todo el panorama de la nación, pueden ver surgir, en el centro del capitolio, si no en forma material, sí en la realización ideal de los grandes símbolos, el airón tricolor que ondea sobre el casco de oro que ciñe la frente de la república, una e indivisible, señora de sus propios destinos, que invita a sus hijos al cultivo, no de insensatos egoísmos, sino de grandes y nobles ideas, para que ellos las conviertan en realidades; y cuya vista no se detiene en la contemplación minúscula de una ciudad por ilustre que sea, ni en la más amplia de una provincia o de un departamento, sino que abarca con mirada solícita y maternal toda la vasta extensión de Colombia.